

La castidad religiosa en el mundo de hoy

(2/3)

Francisco Jálícs, s.j.

EL CRECIMIENTO EN LA CASTIDAD

Veamos ahora cómo se crece en la castidad. El religioso madura en la castidad en la medida en que madura como persona. Como la maduración personal es un proceso continuo y casi imperceptible hay también en la castidad un crecimiento lento y permanente en el don de sí mismo, en la paz y alegría, en la comunicación con el medio ambiente y en la oración. En esta parte, sin embargo, queremos explicitar algunas situaciones especiales y un momento de crisis. Por lo tanto nos referimos a la experiencia de los religiosos que viven su consagración holgadamente o la vivieron por lo menos durante años y de pronto se encuentran en una crisis, pero que tiene la chance de ser una crisis de crecimiento. De hecho no sólo una vida serenamente equilibrada sino los conflictos que presente la vida pueden contribuir al crecimiento. Más aún, la vida de alguna manera cuestiona a todos los mortales que no se han purificado enteramente de sus deficiencias. Ya que nadie puede pretender tal perfección, todos van logrando su madurez —y asumiendo su castidad si son religiosos— por los cuestionamientos y crisis. Esto no significa que no haya una plenitud y alegría en la vida religiosa sino que el hombre es un peregrino que va caminando, reasumiendo su vida por crisis parciales o totales, pero siempre sigue caminando hacia una vida más unida a Dios y a los hombres.

I. La actitud frente a las emociones y pensamientos sexuales

El hombre consagrado sigue siendo un ser humano sexuado y sigue teniendo en su cuerpo y en su mente manifestaciones concretas de esta sexualidad. La consagración no quita la tendencia sexual del hombre ni la naturaleza, como si fuera sólo la raíz que quedara pero sin que aparezcan representaciones imaginarias en su conciencia.

Nos preguntamos por la actitud del hombre consagrado frente a las *manifestaciones corporales y mentales de su sexualidad*.

Cuando el religioso cae en la cuenta de una emoción corporal o de una imagen sexual no las rechaza como algo degradante y horroroso. No las niega como si no existieran, nos las reprime como si fuera algo culpable, que lo hace sucio. No se siente manchado sino acepta el hecho de estas manifestaciones y con eso acepta su propia sexualidad. Reconoce que es un ser humano sexuado¹.

Pero luego comprende que estas manifestaciones tienen que ser conducidas a su verdadera destinación. En eso coincide con la actitud de todo buen cristiano, sólo que conducir las a su destinación significa cosas distintas para personas diferentes. Un muchacho tiene que conducir las a una búsqueda más seria y responsable de su futura esposa, un marido tiene que conducir las a un amor humanamente más pleno y a una comunicación *integral* con su esposa; el religioso en cambio procura que cada manifestación de su sexualidad se eleve espontáneamente al *agápe*: amor profundo de Dios y servicio humilde a los demás. *El religioso comprende que cada moción corporal o imagen sexual que siente está destinada a enseñarle a amar profunda y afectuosamente a Dios*. Por eso la toma de conciencia de una moción sexual es un estímulo que hace despertar su aspiración a un amor más real y más universal y que brota de una profundidad más insondable de su ser que la inclinación sexual. De este modo la energía corporal e imaginativa no se reprime, ni se pierde como una fuerza no

¹ Por ser la aceptación del principio de realidad el primer paso para cualquier tipo de crecimiento, es muy importante que se tome el tiempo necesario para recibir absolutamente todo lo que sucede en sus representaciones. Esto es un largo camino porque la tendencia a defenderse con racionalizaciones o proyecciones de otro tipo está siempre presente. Tomar en cuenta los sueños como vía de crecimiento en este aspecto resulta de una gran ayuda. Éstos funcionan como una fuente inagotable de las posibilidades de nuestra fantasía. Un buen trabajo desde la oración y el discernimiento humano con el material onírico resulta un aporte valioso en el campo de la vida sexual. (para este tema es muy oportuno el libro: CABARRÚS, Carlos R. sj. Orar tu propio sueño. Taller de psicología y espiritualidad. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid. 1993.)

aprovechable, sino que se transforma en una energía más elevada e integra de una manera más eficaz el dinamismo completo del hombre².

*En la moral cristiana suelen dar a veces una importancia demasiado grande a los malos pensamientos. En realidad no son malos mientras son una manifestación de una tendencia natural y se sabe encausarlos constructivamente.*³ Cada pensamiento de origen sexual conduce al religioso a una toma de conciencia de su vocación y cada imagen culmina creando una moción profunda y afectuosa del amor de Dios y predispone a las relaciones humanas maduras. Pero esta problemática, como corresponde a la pubertad y a la adolescencia, ya que ni implica una relación personal real con otra persona, sino sólo la fantasía de ella, no crea propiamente problemas para un religioso que vive con plenitud su vocación. Como todo hombre maduro y comprometido con la vida, las supera con toda facilidad y naturalidad.

2. El enamoramiento

1. El religioso viviendo y trabajado en el mundo moderno, tiene trato diario con mujeres que pueden impresionarlo afectivamente o más aún sentirse ligado a ellas a un nivel de amistad personal. La mujer tiene una fuerza seductiva para el hombre, lo atrae, le promete felicidad, lo invita a una comunicación de vidas a la cual el hombre aspira con todo su ser. El religioso, igualmente que todo hombre normal, siente entonces una inclinación profunda que empieza a dominarlo. Se siente atraído a compartir su vida y se da cuenta de lo que puede significarle esta

² Esta afirmación resulta clave en el proceso humano de integración. En efecto, incluir el cuerpo en la oración se convierte en un instrumento de gran importancia para permitir una integración real, afectiva y sincera de lo que creemos desde nuestra sexualidad y el sexo, y desde nuestra vida espiritual e intelectual. Si no favorecemos este camino de integración, es de esperarse la división interna entre lo que experimentamos a nivel físico, lo que creemos a nivel intelectual y lo que buscamos espiritualmente. Se trata de hacer converger estos niveles para vivir con intensidad nuestra propia persona en su totalidad. Sólo así es posible dirigir las fuerzas a un fin, cuando buscamos integrarla y equilibrarlas. Además, no hay que olvidar que ambas fuerzas son fuentes principales de la actividad contemplativa.

³ Podemos decir que los malos pensamientos pertenecen al polo involuntario de nuestra existencia. Por tanto, la cuestión radica en qué hacemos con tales pensamientos. Ya que si bien son nuestros, no definen todo lo que somos. Muchas personas viven torturándose por tener malos pensamientos y probablemente esto se deba a que la búsqueda de una insana pulcritud de conciencia lleva a reprimir con demasiada fuerza. Si no les damos paso y los mantenemos presionados, crecen y se intensifican. Hay que liberarlos a partir del diálogo o la escritura, por ejemplo, y dejarlos partir para redimirnos de ellos, dirigiendo la atención a lo verdaderamente valioso.

persona con quien presiente la posibilidad de una complementación y un entendimiento muy hondos. Vive con mucha emoción lo que es amarse mutuamente. Siente que un compromiso hasta la muerte y la prolongación de sus vidas en hijos, que serían ya de ambos, podría hacerles muy felices. El religioso puede sentir todo esto.

Pero al mismo tiempo aparece un malestar, porque esta esperanza de vida se ve frustrada por el compromiso religioso. Se siente en un callejón sin salida. Experimenta una falta de libertad, una alienación y empieza a sentir una rebeldía. Se siente insatisfecho, atado, pero como normalmente no se da cuenta de su situación, desplaza el problema a otras áreas de su vida. Atribuye su malestar a estructuras de la Iglesia, o crea un problema con sus superiores, explica su malestar por una inadecuación de su formación, lo diagnostica como un desajuste en el trabajo, puede pensar que se trata de una pérdida de su costumbre de oración u otra cosa. De hecho en todos estos campos puede tener conflictos. Pero la vida afectiva y la relación personal de amistad con una mujer son factores muy profundos en la vida y por tanto en muchos casos, para no tener que enfrentar la situación, la conciencia traslada el problema hacia otros sectores de la vida. De todos modos la falta de libertad y la experiencia de opresión y de impotencia de hacer lo que uno desea aparece en todos los sectores donde se ha desplazado el conflicto. Se vive una rebeldía interior frente a la opresión.

Hasta ahora hemos hecho una descripción de la situación que puede pasarle a todo religioso, pero mantengámonos en la experiencia de aquellos que iban logrando realmente su plenitud y su felicidad en la vida religiosa.

2. El religioso sintiéndose de pronto en una situación conflictual, solo o más bien con la ayuda de otros, de un compañero o de un religioso más experimentado, constata el conflicto. *Acepta que vive en una situación no clarificada y consecuentemente se deja cuestionar.* Dejarse cuestionar significa que él admite la posibilidad de que la tensión que vive pueda provenir no sólo de factores externos a él, como sería una crisis de la Iglesia, de las estructuras políticas del país, la ineptitud o mala intención de otras personas, sino que la razón de la tensión puede estar en su propia situación y en su actitud inadecuada frente a su situación. Entonces empieza una revisión.
3. El paso siguiente será *localizar el problema*. Se da cuenta de que vive un conflicto entre dos maneras de vida incompatibles entre sí. Se había comprometido a vivir una vida célibe en la consagración a Dios y ahora empieza a dominarlo una fuerza que le presenta el matrimonio como única solución de su vida. Con esta luz ya siente cierta liberación y esto le permite que expresarse más

auténticamente. De hecho comienza a sentir afectos que antes no han podido aparecer en su conciencia, una sensación de arrepentimiento por haberse decidido a vivir en castidad y un profundo rencor contra los que lo orientaron hacia esta manera de vivir, pero sobre todo contra Dios que con esta “vocación” quiso quitarle la felicidad y la plenitud humanas.

4. El religioso está en una situación conflictual. Las motivaciones que lo inclinaron a la vida religiosa y que hasta ahora se mostraron suficientes para asumir la vida consagrada, entraron en conflicto con las motivaciones vitales que lo inclinan al matrimonio. Pero él mantiene rígidamente su primera posición y por otra parte, tampoco puede renunciar al matrimonio porque las motivaciones vitales son más fuertes que él. Hace esfuerzos pero no puede. La idea vuelve cada vez más impetuosamente. Vive en esta tensión continua. No puede renunciar a la idea de la vocación porque le parece una infidelidad a Dios y por otro lado su amor vital a su amiga lo supera. Si abandona la vida religiosa tendrá un gran sentimiento de culpa y si se queda será un hombre amargado.

La única solución es que cuestione su vocación religiosa y que se pregunte si realmente quiere vivir una vida consagrada. Bajo el conflicto parece que no, porque se siente obligado por Dios a la vida religiosa aunque él preferiría casarse. Dicha obligación es evidentemente una superestructura racional. Si Dios pide algo lo primero que hace es inspirar el deseo y hacer percibir el llamado como la verdadera felicidad de un hombre. Pero si alguien se siente alienado por lo que Dios le pide, la exigencia no viene de Dios sino de una presión social, de un error teórico o de otro factor pero no del Dios inmensamente bueno que trata al hombre respetando su libertad e inclinándolo hacia su propia y verdadera felicidad.

Lo que Dios pide ante todo del hombre es que asuma su propio destino, que determine libremente lo que quiere ser y que en esta decisión se haga hombre. Dios quiere dialogar con el hombre y llevarlo a un amor personal y libre. Los alienados y amargados que son incapaces de amar, no han encontrado el camino de Dios.

Cuestionar su vocación permite eliminar los motivos ilusorios. Un religioso que está aferrándose a dos modos de vida incompatibles, y que de hecho no quiere renunciar a ninguna de ellas, no sólo vive una tensión progresiva sino que agrava su situación con una serie de consideraciones intelectuales que él cree son “motivos”, pero que se mueven a un nivel racional y consecuentemente hace esfuerzos inmensos pero al nivel vital todo queda en lo mismo. Se añade únicamente la inseguridad y la angustia de que va perdiendo el control de la situación. Parece que la única manera de solucionar la situación es ayudarle a enfrentar sus motivos al nivel vital. Ahora bien, si se admite la posibilidad de un cambio de estado y por lo tanto se pregunta concretamente qué quiere, qué siente en

función de una futura decisión, entonces afloran sus motivaciones reales. Ya no se trata de lo que “debe sentir” para “poder cumplir” sino de lo que efectivamente siente.

Como el signo más claro del llamado de Dios es el poder desear y el poder vivir con alegría la consagración religiosa, el único camino de salida es si el religioso se pregunta si realmente desea o no seguir viviendo su consagración anterior. Con otras palabras, tiene que asumir su libertad y tiene que elaborar su nueva actitud en la situación nueva. Tiene que enfrentar la situación y ver lo que puede y lo que quiere hacer.

Si el religioso piensa que Dios lo llama, entonces no tiene que temer tal planteo, porque las motivaciones vitales van a surgir con bastante fuerza como para que pueda reasumir su vocación.”*Si vitalmente no puede reasumir su vocación durante un tiempo razonable, es signo de que no está en condición de seguir su vida anterior y por lo tanto Dios tampoco puede pedirle algo que le es imposible.* Se el religioso acepta cuestionar su vocación asumiendo el riesgo real de un posible cambio de estado, se da cuenta que efectivamente empieza su situación real.

5. El paso siguiente es *aceptar los hechos*. El religioso viviendo en una situación conflictual, pero sin conciencia clara de ello, prolonga una situación doble. Por momentos, se consideraba religioso y negaba que su inclinación al matrimonio era más fuerte que él, y por momentos negaba que su consagración religiosa había sido una fuerza dominante y libremente asumida en su vida. Ahora liberado ya para tomar una decisión nueva empieza a aceptar su situación total. Comienza a aceptar que lleva en sí dos fuerzas, dos inclinaciones, con dos motivaciones. Tiene que reconocer el valor propio de su compromiso anterior aunque lo vea cambiable para el futuro y reconocer su situación afectiva respecto del matrimonio.
6. Después de haber admitido la necesidad de una nueva decisión, entra en un *proceso de deliberación cuya primera fase es un proceso de liberación*. En el plano intelectual admite que tiene que elegir, pero existencialmente no le significa cambio porque en lo afectivo no se siente libre. No se atrevería a cambiar su vida por miedo a lo que pensarían sus familiares o sus amigos, o no osaría oponerse a sus superiores. Puede sentirse atado a la vida religiosa por temores de condenación eterna⁴, por temor a equivocarse, o por no sentirse animado a afrontar las responsabilidades de trabajo y de adaptación a la vida fuera de la casa religiosa.

⁴ Es sabido que aún hoy existen predicaciones “infiernistas ” que inspiran en los jóvenes temores de condenación eterna. Una catequesis de este tenor no sólo genera desintegración humana, sino que muchas veces puede convertirse en una instancia de dominación abusiva que sin dudas terminará mal.

Tiene que realizar un esfuerzo por liberarse de todas estas trabas que le impiden elegir conforme a sus verdaderos deseos constructivos. Normalmente los religiosos que hicieron este esfuerzo casi siempre sintieron una gran liberación y una responsabilidad auténtica. Sin atreverse a elegir una de las alternativas no hay propiamente elección.

En este proceso el religioso comprende y siente que *no está destruyendo su motivación verdadera sino quitando motivaciones falsas, irreales, racionalizaciones, o sentimientos injustificados de deber, presiones sociales, temores inconscientes, temor frente al compromiso matrimonial, y libera el surgimiento de los verdaderos motivos.* Normalmente, fuera de estas crisis aún en los mejores religiosos, junto con la motivación auténticamente religiosa, tienen una serie de motivos que los mantienen en la vida religiosa pero no los hacen felices. Más aún, resultan contraproducentes porque son motivos que no plenifican sino que lo oprimen. Una crisis puede ser muy benéfica para hacer tomar conciencia de estas motivaciones y quitarlas en beneficio de la libertad y la autenticidad.

Para que el religioso pueda tomar conciencia de sus temores y sus sentimientos de deber, conviene que se haga la imagen de que realmente toma una decisión de irse y se pregunte qué haría en concreto, cómo construiría un hogar, etc.⁵ Trata de sentir lo que este modo de vida significaría. Luego se hace la imagen de que se queda y se pregunta si siente inclinación a quedarse, si lo haría feliz, y trata de tomar conciencia de todos sus sentimientos contrarios y favorables a la vida religiosa. Este proceso de concientización, que para personas menos maduras puede durar mucho tiempo, para los que han vivido realmente integrados en la vida religiosa y repentinamente pasa por una crisis, se elabora en algunas semanas y termina con un sentimiento de auténtica libertad.

Este proceso es muy importante porque el religioso empieza a sentir las motivaciones vitales que existen en él a favor de la vida religiosa. Bajo las pasiones de su enamoramiento y sintiendo su deber de quedarse en una congregación, sus motivos vitales de fe, esperanza y caridad, el recuerdo de sus años felices en la vida religiosa, etc., quedaban tan tapados como si no hubiesen existido. Si se hubiera ido en este estado, le habrían sugerido más tarde muchos escrúpulos, angustias y a lo mejor un verdadero arrepentimiento por haber abandonado la

⁵ Es importante darle un lugar apropiado a la imaginación ya que suele ser un camino de gran ayuda para conectarse con los deseos que habitan el alma. Esto requiere tiempo y registro, es decir, imaginar varias veces tal situación y en distintos momentos, y tomar notas de las sensaciones, sentimientos y luces que vayan surgiendo para que, al conversarlas con quien esté acompañando el proceso, vaya discerniendo su vida.

vida religiosa. Por esto tiene que sentirse libre y dejar aflorar sus motivos religiosos y sentir cuánta fuerza tienen para él. Pero para eso *tiene que sentirse libre de abandonar la vida religiosa y libre para quedarse.*

En el tiempo de la deliberación surgen con espontaneidad los motivos religiosos reales. En este estado *no conviene inundarlo con meditaciones, lecturas y exhortaciones que le “aumenten” la motivación religiosa*, porque en este momento no interesa hasta qué punto es influenciado con exhortaciones o lecturas, sino cuánta motivación religiosa lleva en sí vitalmente. En otra oportunidad puede asimilarlas, pero en este momento sólo interesa lo que surge de él y actúa en él quiera o no. Aquí *se trata de que salga de él lo que tiene y no que entre en él lo que no tiene.* Por eso preguntarle si se siente inclinado de alguna manera a la vida religiosa puede ser muy oportuno, pero no indicarle cuáles son esos motivos que a un religioso pueden inclinarlo a vivir su vocación.

7. *La deliberación desemboca en la decisión que consiste en tomar un camino eliminando el otro.* En este caso seguir en la vida religiosa consagrada a Dios en castidad o casarse.

Cuando se aproxima la decisión surge la evidencia de dos verdades. La primera es que uno no tiene una libertad absoluta, no elige a partir de una “*tabula rasa*”, sino a partir de una situación concreta. Antes de elegir tiene que obedecer a la realidad de su situación. Sólo teniendo en cuenta sus fuerzas vitales puede ejercer adecuadamente su libertad. Si la inclinación a casarse es mucho más fuerte que las mociones hacia la vida consagrada, es prácticamente imposible que asuma la vida religiosa porque irá contra la corriente de su propia existencia. Si la inclinación a la consagración es una moción notablemente más poderosa, una decisión al matrimonio puede crear problemas ulteriores. *El hombre no es libre ilimitadamente.*⁶ Su libertad se ejerce sólo dentro de los marcos de su situación. Sólo evaluando con realismo su situación emotiva, y calculando con objetividad sus posibilidades, puede elegir satisfactoriamente. Es que Dios habla por medio de su situación. Si lo llama a la vida religiosa su deseo del matrimonio no será menor que el de los

⁶ Muchas veces se cae en la ilusión de pretendernos libres de modo total, ya sea porque tendemos a obtener una libertad absoluta en algún momento de la vida, o porque sentimos que estamos obrando con libertad plena. Es cierto que nuestra libertad se expresa en las decisiones que tomamos y en los actos que llevamos a cabo; pero es necesario reconocer que lo que nos viene dado desde la vida (el carácter, el físico, la cultura en la que nacimos, la familia, etc.) no es de nuestro dominio. Y justamente este polo involuntario de nuestra vida está al servicio del obrar en libertad. Aquí hay un elemento de discernimiento de la vocación muy rico que lleva a preguntarse: ¿qué quiero para mi vida? (deseos) ¿de qué soy capaz? (aptitudes reales).

llamados al matrimonio, pero la inclinación emotiva a la consagración en la castidad surgirá con más vitalidad.

La otra evidencia es la significación de la renuncia. En toda la ascética cristiana y más aún en los libros dirigidos a religiosos, se habla interminablemente de la renuncia, de la negación y de la mortificación. El religioso de hoy toma todas estas explicaciones a un nivel intelectual y no las entiende. Aquí en cambio, cuando no se trata de elucubraciones sino que se ve enfrentado con el problema de su vida y se siente libre para casarse y para quedarse, comprende que a nivel existencial la vida le pide irremediamente una renuncia pero en función de una realización mayor. Él mismo puede elegir cuál sea la parte escogida y cuál tiene que ser sacrificada, pero tendrá que renunciar a lo no elegido por más que tenga muchos motivos para ello. En este esfuerzo de querer decidir comprenderá vitalmente lo que es renunciar. Muchas pláticas y muchos libros no podrán suplir esta experiencia de realismo.

La decisión toma su tiempo. En una ocasión, la deliberación se tornará imperceptiblemente en decisión y ni quien decide ni su consejero podrán determinar el momento en que se hizo realidad. A veces formalmente sigue la deliberación pero ya estaba tomada la decisión. En otras ocasiones, los motivos se estimarán ser tan parejos que haya que tomar una decisión de decidirse definitivamente, porque prolongarla significaría indecisión.

8. *Una buena decisión deja una profunda paz y una paz duradera. Es la santificación de sentirse responsable y comprometido. Sentir la gratificación por un trabajo bien hecho. La decisión hecha ante Dios, proporciona una profunda alegría espiritual. No siempre viene inmediatamente pero siempre es duradera y da la tónica para toda la vida. No se trata de una paz de reposo, sino de una paz del hombre responsable en la acción. Es una paz dinámica, esperanzada que no oculta las dificultades, no niega los riesgos sino que los mira con ánimo y confianza. Paz dispuesta a sacrificios pero confiada en los resultados. Es la paz del hombre que asumió su destino y se siente dispuesto a enfrentar con valentía las consecuencias de la decisión.*

Pero esta paz acompaña sólo las buenas decisiones y lamentablemente hay muchas decisiones mal hechas. *Una decisión está bien hecha, -suponiendo la elección entre dos cosas moralmente buenas- si está en proporción y armonía con las fuerzas vitales.* Y es una elección mal hecha cuando se hizo ignorando la realidad, basándose en motivaciones y apreciaciones irreales. Esta desproporción aparecerá en forma de malestar, de falta de voluntad, de inadaptación, de fracaso, de sentirse incapaz de ponerla en práctica y sintiendo la motivación como abstracta. Eso no significa que el hombre no tenga libertad al decidirse a algo sino que su libertad es limitada.

El hombre no puede decidirse a algo que sus fuerzas vitales no le permiten. Si un muchacho poco dotado intelectualmente se decide a trabajar en investigación, o uno físicamente débil se decide a ser cargador de puerto, antes o después sentirán el malestar de la desubicación. Así, un hombre inmaduro y cerrado se decide a ser religioso antes de madurar humanamente, sentirá la vida religiosa como algo demasiado grande para él, como una vida en que no llega a ubicarse, y en la cual los motivos que los otros le repiten no llegan a tener fuerza vital. Al cabo de muchos esfuerzos inútiles tendrá que revisar su decisión. La confirmación de una decisión es la felicidad que siente en realizarla.

9. Acabamos de mostrar cómo el encuentro con una mujer puede madurar la vocación a la castidad. Hemos visto el desarrollo más simple, porque el retomar la vocación religiosa no es siempre tan sencillo. Pero aún así hay que tomar en cuenta que la elección se hace progresivamente. Si alguien está en un estado de elección y conscientemente se pone en situaciones que lo determinan hacia una dirección, hace una *preelección*. En este sentido un religioso que se ve de repente en una crisis afectiva de su consagración y empieza a intensificar su vida de oración hace una preelección a favor de su vida religiosa y si empieza a portarse como un novio, hace una preelección hacia el otro lado. Para que el hombre sea plenamente libre, tiene que serlo igualmente en sus preelecciones como en las mismas elecciones. Hay que respetar por lo tanto sus preelecciones, pero hay que ayudarle a que considere estos hechos como verdaderas preelecciones, en las cuales ya se ejerce su libertad.
10. Quizá hemos demorado demasiado en la descripción detallada del proceso que busca solucionar un enamoramiento de un religioso. No ha sido por dar una importancia primordial al problema mismo, sino para resaltar el proceso de liberación. Demasiado largo tiempo los religiosos han sido tratados normativamente y se les impuso la solución en razón de un compromiso inicial. A partir de este compromiso inicial ya tenían que caminar por un camino determinado, se tomaban decisiones en nombre de ellos y se les dictaba la voluntad de Dios. Eso retardaba enormemente la maduración en la vida religiosa y en especial en la castidad. Sólo el respeto absoluto de la libertad puede contribuir a la maduración del religioso. Si abandona la vida religiosa no importa, pero que la abandone maduramente y por eso más conforme con la voluntad de Dios.

3. La relación con mujeres

La presencia de mujeres en la vida de los religiosos es muy deseable desde los primeros años de su consagración. Las mujeres aportan su delicadeza y su sensibilidad, que en ambientes puramente masculinos suele faltar. Inspiran más cuidado en la

limpieza y en el modo de vestir, pero sobre todo en el trato con ellas hace madurar afectivamente. Los religiosos llegan a tener una imagen más real de la mujer. *Sin este trato normal en ambientes clericales se disocia la imagen de la mujer en dos figuras abstractas y antagónicas.* Por una parte, en la imagen de Eva, el peligro para el hombre, un ser de condición inferior, y por otra parte una figura idealizada pero desexualizada: María⁷. De este modo, *la mujer queda temida y deseada, idealizada y rechazada.* Con ello el religioso niega de alguna manera su propia sexualidad. En el trato normal con mujeres, se formará una imagen más real de ella, sentirá su sexualidad, pero tendrá la oportunidad de elaborarla. En este ambiente surgen simpatías y coincidencias mutuas que se elaboran en la medida que aparece. Si es cierto que el religioso estando solo, puede sublimar su sexualidad en la oración, por qué no podría hacerlo, y mejor aún, en el trato normal con mujeres. En este trato podrá elaborar la tensión entre la prohibición y la fascinación. Vivir su masculinidad y vivir la mujer según su feminidad es el hecho de la sexualidad, y a todo ser sexuado le toca vivirlo.

Esto pasa en un ambiente abierto y de trato franco, pero puede suceder que se cree una polarización entre un religioso y una mujer y quieran estar a menudo juntos, porque sienten un lazo de unión más estrecho. Empezando muchas veces una serie de consultas espirituales, con una colaboración apostólica o con un estudio hecho juntos, muy de a poco surge una comprensión mutua, un vínculo peculiar de entendimiento mutuo que supera en mucho el trato cordial de una simple simpatía. ¿Puede un religioso llevar tal amistad con una mujer sin pretender llegar al matrimonio?

Ante todo habría que insistir en que el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad tiene que ser asumida por el interesado. La situación de una amistad no se soluciona aplicando prescripciones moralizantes, o apelando a la opinión pública que se “escandaliza” demasiado fácilmente. No sería tampoco suficiente el decir que la congregación tiene tales y tales directivas. Si ella impone determinado modo de actuar, él puede encarar la posibilidad de dejarla, pero no tiene que dejarse arrastrar por una prohibición no asumida, porque corre el riesgo de reprimir su deseo sin llegar a sublimarlo efectivamente. Si confronta su situación con un amigo o con un consejero que pueda comprenderlo, se sentirá ayudado en su discernimiento⁸.

⁷ Pothier, Op. cit. p. 365

⁸ Es muy importante fomentar la comunicación humana y espiritual profundas en los ámbitos de convivencia religiosa. Los planes de formación o los proyectos de vida en común deberían contemplar este aspecto. Conviene crear espacios que favorezcan y fortalezcan la apertura en el diálogo entre personas que buscan vivir su opción de vida con coherencia. Nadie está exento de dificultades, por lo tanto el camino no se puede transitar solo. Además, la experiencia demuestra que las conversaciones profundas sobre los nudos fundamentales de la vida generan una atmósfera propicia e incomparable para el crecimiento humano y espiritual.

Aquí es suficiente indicar “*algunos criterios que pueden orientar el discernimiento.* Ante todo hay que preguntarse qué significa la amistad para la mujer, luego ver la calidad de la amistad y finalmente la significación de la amistad para el mismo religioso.

1. En la amistad con una mujer, el religioso tiene que preguntarse por la *significación que esta relación tiene para ella.* Sin esta inquietud su actitud es cabalmente egoísta. Si es una muchacha, ¿no la atrae afectivamente de tal manera que la chica deje de preocuparse por su vida futura, esperando inconscientemente un futuro matrimonio? Si es una mujer casada, ¿su amistad no la separa de su marido o si la empezó porque vino a pedir ayuda en vista de un mejor entendimiento con él, no se transformó de a poco en una huida de su hogar? ¿Qué piensa además de esta amistad el marido mismo? Si es una religiosa, ¿la amistad ayuda a asumir su propia vocación? Una amistad nunca se puede evaluar mirando la conveniencia de una sola parte; para que sea constructiva tiene que serlo para ambos.
2. Mucho importa el estilo o la cualidad de la amistad. ¿Se quieren como hermano y hermana, como novio o novia, o es una relación muy espiritual, tal como la que puede existir entre un santo y una santa? Lo más probable es que sea una mezcla de las tres cosas. Diagnosticarlo no es tarea fácil, porque el religioso, que se ocupa de cosas espirituales racionaliza con una facilidad sorprendente y a menudo, cuando la atracción es ya predominantemente sexual no nota más que una aspiración espiritual o una ayuda apostólica. *Se precisa un esfuerzo muy sincero para admitir la realidad.* El religioso tiene que aceptar que es un ser humano y que es natural que sienta una aspiración al matrimonio cuando empieza a entenderse realmente con una mujer.⁹

Si creemos que el religioso puede sublimar su sexualidad cuando vive su vocación sólo frente a Dios, ¿sería tan imposible pensar que su amistad que empieza con cierto acento afectivo pueda ir purificándose hasta que el punto de gravitación de ella se traslade a una unión espiritual? Puede acontecer que en vez de espiritualizarse, de repente se declara ser un enamoramiento. Pero en este caso, ¿se podría acusar a este religioso por haber puesto en peligro su vocación o habría que alegrarse de que la amistad le obligó a manifestar que no ha sido llamado a la vida religiosa? Es difícil de interpretar lo que pasa en el corazón del hombre cuando uno lo ve actuar sólo desde afuera. Ni uno mismo se conoce a sí mismo con una claridad matemática. Vivir es asumir las responsabilidades y correr el riesgo, pero hacer lo que uno ve conveniente.

⁹ Esta aceptación se fortalece con instancias comunicativas que hagan que la persona se sienta “normal” en sus inclinaciones y sentimientos” “aparentemente” contradictorios.

3. Mirando ahora esta amistad desde la vocación personal del religioso, hay que comprobar la necesidad de un discernimiento muy parecido al de su opción por la vida religiosa.

En la opción por la vida religiosa se ha encontrado entre dos alternativas: por una parte, una realización normal del matrimonio, en la cual la sexualidad tiene una expresión normal y esta expresión es un lugar de encuentro con Dios; por otra parte, la vida religiosa que es una expresión paradójica, de aparente esterilidad, para simbolizar una alianza muy especial con Dios. Optó por la segunda. Ahora está en la misma alternativa pero no al nivel del estado de vida, sino al nivel de un vínculo de amistad. La primera opción no implica necesariamente la segunda, es necesaria una decisión nueva. Si la relación no es de noviazgo, o sea si no hay una inconciencia inocente de la situación, sino que realmente existe la posibilidad de sublimación en una relación hermano-hermana, o una relación que puede existir entre santos, el religioso puede preguntarse si quiere dar a su inclinación una expresión natural que lo hace madurar afectiva y espiritualmente, o si quiere expresar de una manera paradójica e incomprensible para mucho, que su único deseo es construir el Reino. Lo importante es que no eluda la responsabilidad de elegir comparando el beneficio de una amistad con el fruto de una consagración más especial. Puede ser que en este discernimiento, la amistad aparezca como una huida de un llamado más especial, como es posible que se vea la convivencia de conducirla a un amor espiritual parecido a la amistad de San Francisco de Asís con Santa Clara y de San Francisco de Sales con Santa Juana Chantal.

4. El apostolado y la ubicación humana

Hay personas para quienes el don de sí mismo en la oración significa tal realización humana que pueden sobrellevar con relativa facilidad la ausencia, la desubicación o el fracaso de toda obra que realiza. Otros en cambio, se desorientan vocacionalmente cuando su apostolado no está bien ubicado. Parece que el apostolado, sea con o sin contacto humano, es para ellos como un ambiente vital, condición necesaria para la unión con Dios. Para otros, tanto en su realización apostólica como en su fracaso, en la falta de comunicación humana aunque muy deseada, llegan a ubicarse en la vida porque se ubican ante Dios. Aunque estos sean la minoría, se ha creado la idea de que en la formación de los jóvenes religiosos tiene que haber un período de recogimiento de varios años y sólo luego tienen que volverse hacia el apostolado cuando ya están unidos a Dios y están preparados para aquél. Pero muchos, los que de alguna manera van a Dios por las realizaciones humanas y sin ellas se desorientan, necesitan el apostolado y la labor humana continuamente, sin poder prescindir de ellos.

Hay apostolados que propiamente no implican mucha relación personal. Por ejemplo el apostolado científico en un laboratorio. En estos casos habría que plantear la pregunta por su significación vital para el religioso: ¿Es una huida de relacionarse con otros y quedarse encerrado en sí mismo bajo el pretexto de apostolado científico, o es realmente una vida muy consagrada a Dios en un don de oración y adoración continuas que personifica y plenifica más que cualquier otro contacto humano? ¿Esta labor científica se hace para encerrarse o para hacer un aporte a la humanidad? El planteo es muy serio y un examen real de las actitudes podría dar ocasión a muchas sorpresas¹⁰.

El apostolado que implica más relación personal, como por ejemplo la enseñanza, las organizaciones... etc., a menudo no llegan a un nivel propiamente de comunicar el mensaje y orientar las personas en su camino hacia Dios.

El apostolado es una exigencia fundamental de la vida consagrada a Dios pero no al revés. Puede haber una vocación muy apostólica que no tenga el carisma de la castidad. Hay religiosos que tienen una vocación muy apostólica pero su vocación a la castidad no aparece con toda claridad. En estos casos se suele dar una significación demasiado apostólica a la castidad. Esta quedaría como una exigencia práctica del apostolado: "Si me caso no puedo dedicarme al Reino". La jerarquía sería: La castidad para el apostolado y el apostolado para el servicio del Señor. Esta motivación parece insuficiente para la vida religiosa.

¿No vendrán en la vida cuando se despierten en el hombre fuerzas vitales e incontenibles de amor humano y de caridad o enamoramiento, y entonces cómo actúa esta motivación de mayor apostolado?

¿Sería una idea absurda pensar que un hombre casado puede estar en igualdad de condiciones para hacer apostolado? Ciertamente que ha de dedicarse tiempo a la familia, no como el célibe, ¿pero este tiempo no puede ser igualmente apostolado? Si los hijos de este apóstol llegan a ser cristianos profundamente comprometidos, ¿sería imposible pensar que su apostolado haya sido tan eficaz y tan pleno como el del célibe?

Quizá sería más exacto decir que si en la motivación no tiene un lugar preferencial no va tomando por lo menos un predominio el motivo de la consagración personal a Dios, se va construyendo sobre arena y el peligro de que el viento o la lluvia socave la casa es considerable.

¹⁰ Probablemente se dé una ambigüedad difícil de superar por tanto es necesario hacer pesar el polo positivo de tal ambigüedad.

La vida consagrada en la castidad pide que el apostolado sea vivido como en segundo lugar, subordinado al motivo principal que es un seguimiento, una amistad, una consagración personal al Señor, y el apostolado es como la consecuencia inmediata, condicionada por esta consagración.

Pero la vocación y su descubrimiento puede venir desde el apostolado. Muchos jóvenes, -y parece más sano-, descubren su vocación a la consagración por el apostolado, por momentos que vivieron dedicados a los demás. Cayeron en la cuenta de su llamado cuando realizaron algún bien, cuando pensaron en los demás, cuando aportaron algo gratuitamente a los otros. Estos pueden orientarse a la vida religiosa y por el peso mismo de su maduración conducir a un estado donde la consagración personal a Dios empieza a ser como el alma de todo apostolado.

5. La Oración

La vida de oración es muy reveladora de los motivos reales de la castidad. Si la consagración brota de un amor personal al Señor y responde a una invitación a amar al Padre en el Hijo y por el Espíritu, la oración es una necesidad de vida. Si en cambio el motivo de la consagración no es propiamente el amor de Dios, sino un altruismo sano o un celo apostólico mezclado con un poco con un ansia de autorrealización, de prestigio, de éxito, entonces la oración se hará pesada, se dejará de lado y se abogará por una oración hecha en la actividad misma.

Una oración hecha al margen de la vida no tiene sentido, pero no valorar la oración que absorbe toda la atención del hombre plantea preguntas serias en cuanto a la motivación de la castidad. Aquí no podemos escribir un tratado de oración. Entre las personas consagradas

-bástenos decirlo- actualmente hay un déficit de oración. Quizá se debe entre otras cosas a que los métodos clásicos de oración ya son demasiado anticuados, demasiado estructurados, muy racionales y excesivamente sistemáticos. Las oraciones comunes que se rezan en comunidades son demasiado impersonales. Estas maneras de hacer oración se abandonan de a poco, pero no hay o no se conocen métodos adaptados al mundo de hoy y por eso muchos buscan la manera de orar con cierta desorientación, como ovejas sin pastor¹¹.

¹¹ Cada vez son más los centros de espiritualidad, talleres y cursos que plantean métodos y propuestas de oración más afectivas y menos racionales, por tanto más abarcadoras. Poco a poco se ha ido descubriendo que la oración vocal o meramente mental y racional no alcanza a satisfacer las necesidades espirituales del hombre. Cada vez más se va comprendiendo al hombre como una unidad física, psíquica y espiritual y que todos estos ámbitos pueden ser vías para conectarse con la oración que el Espíritu Santo está haciendo siempre en nosotros.